

MEDIA HORA DE CHARLA CON "DON PANCHO" EL BISABUELO DE
GALIANO Y SAN RAFAEL

"Don Pancho" Psicólogo, Filósofo, Estadista y Etnólogo - Ifa, Yemayá, Obatalá y Ochún, detrás de "La Isla".- "Don Pancho" a un centímetro de la Herca.- Galiano, Zona Internacional en 1884.- El trabajo es más fuerte que el amor.- De la Volanta de Niña Luisa, al Rolls Royce de hoy.- "Don Pancho" desafía a Ripley.- !Las doce en punto y sereneoooo...!

Por Don X

Un mortecillo helado cae violentamente sobre la famosa esquina que asiste en estos momentos al primer centenario de su fundación, esa esquina que se ha incorporado año tras año al progreso económico de Cuba, y que ha visto cruzar por sus calles a cuatro generaciones de cubanos y españoles, esa esquina envuelta en la leyenda de los viejos días idos, esa esquina en fin por donde cruza uno, y parece oír los rumores de las calles que hablan del ayer, de las luces que cantan el esplendor habanero de otros días mejores. Esquina que tiene toda la emoción del mito y toda la risa del porvenir brillante... En esta esquina hay un viejo café. En este café, hay un hombre más viejo aún, y en este hombre hay un monumento humano que tiene tres dimensiones: el trabajo, la fe, la victoria...

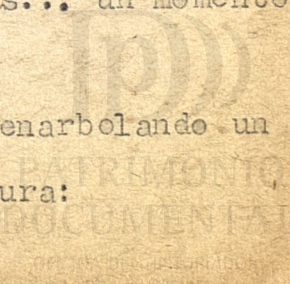
Este hombre es nada más y nada menos que Don Pancho el de La Isla, una institución en la vieja Esquina del Pecado. Uno se detiene en cualquier punto de San Cristóbal de La Habana, pregunta por un Matusalén a quien llaman Don Pancho, que tiene unos bigotes así de grandes, y en seguida lo mandan al café La Isla. Don Pancho, tiene la astucia del

escudero del Ingenioso Hidalgo, es fuerte, habla pausadamente, como esos hombres que han cruzado por la vida y han conocido profundamente sus lágrimas y sus risas. Don Pancho engalana su ancha testa con un millar de hilos de plata que él lleva como otros tantos blasones, viste de negro, hace chistes, habla de política, sonrío tímido, ruberizado y picaresco cuando se le habla de los dulces tormentos de la carne, es psicólogo a la diablo, filósofo a la manera de San Francisco de Asís, etnólogo de sube y baja, anverso de Mussolini cuando sueña, reverso de Róosevelt cuando despacha, y por fin, el primer hispano-americanista de la isla de corcho... Don Pancho y yo nos sentamos en una de las mesas de La Isla y ... comienza esta charla.

— ¿.....?

--Pues verá usted... llegué a Cuba en febrero de 1881 y me puse a trabajar en este café de La Isla. Mi primera tarea fué la de exterminar una docena de ratones que llegaban subterráneamente de la cuartería que había al fondo: entonces no existía el Flit, y tuve que entendérmelas a palos con ellos. Un cajón apolillado era la nevera, y cuatro mesitas viejas de madera, el ajuar del salón de los parroquianos. Había además un dependiente con un genio de todos los diablos, y un espejo lleno de manchas. Esa tarde cruzaron por la acera del café, dos bellas mulatas criollas, que llevaban las caderas al vuelo, y el compás del andar a puro chancleteo. Per la noche, cansado ya de trabajar, me disponía a dormir, cuando sentí una voz honda, gutural y melodiosa que repetía sin cesar: !Las doce en punto y serenooc!... !Las doce en punto y serenooc!... Desde entonces, hasta este momento, han transcurrido 55 años... un momento... un momento...

Don Pancho se levanta, se va a la carpeta, y regresa enarbolando un lápiz y un papel en la diestra. Vuelve a sentarse y murmura:



— Un año tiene 365 días, un día tiene 24 horas... yo he trabajado 55 años consecutivos... un momento... un momento ... 14 horas diarias de trabajo multiplicado por 365 días, y esto multiplicado otra vez por 55... vamos a ver... pues, mire, joven: Don Pancho ha trabajado en este pícaro mundo nada menos que 281,050 horas, ¿qué le parece? Yo desafío a ese Ripley a que busqué algo que supere a esto. ¡Ah! y otra cosa, sin faltar un solo día a mi trabajo; porque debe usted saber que soy el primero en llegar al café y el último en retirarme...

Don Pancho hace una pausa, sonrío, me sirve un café solo, y espera de mi rostro la reacción a sus palabras...

Yo murmuro en el oído enorme de Don Pancho: ¡magnífico... milagroso!... ¡Eso es trabajar... y calcular!

— ¿.....?

— ¡Ah!, joven ingenuo; pero pretende usted que en media hora de charla le cuente la historia de toda una vida entregada al trabajo?... No, no; para eso tendría que escribir un libro de quinientas páginas; además, la memoria me falla algunas veces... ya estoy viejo; tengo 72 años; pero -sonriendo- ¡no cabe duda de que la raza es la raza! Pero, ¿sabe usted?, le contaré mis recuerdos principales. En mi época estos alrededores estaban llenos de caballerizas y accesorias. Detrás del café había una cuartería llena de barracones. Algunas veces, por la noche, ya muy tarde, yo pasaba por allí, y oía unos cantos muy extraños; después me dijeron que eran juramentados adorando a sus deidades negras... un día llevaron allí a un negrito que tenía un embé para que Obatalá se lo sacara del cuerpo. Y entonces oí decir que Ochún y Yemayá también merodeaban aquellos contornos buscando almas a quien redimir. Le ofrecieron a los dioses el sacrificio del gallo, oraron a los fetiches, y el muchacho bailó hasta que cayó al suelo con el santo... ese día Don Pancho corrió por todo el resto de su vida...

—¿.....?

--¿Una anécdota? Bueno... bueno... está bien. El día que La Habana celebraba el cese de la soberanía española, la ciudad estaba llena de soldados americanos. Esa noche llegaron al café como quince cubanos, y empezaron a darse cocotazos, ¿sabe? Bien: en los altos vivía una sobrina del General Lee, quien no pudiendo conciliar el sueño, se quejó al Gobernador, el cual mandó un piquete de soldados al mando de un sargento. Al llegar a La Isla les salí al encuentro, y me preguntaron si quería desalojar el café por la fuerza; pero, ¿sabe?, el momento era muy delicado; había que limar asperezas, evitar conflictos, y yo, viejo observador de los hombres y de las cosas, comprendí al momento mi situación; le dije al sargento americano que se trataba de unos "buenos muchachos alegres y nada más" y el piquete regresó al cuartel; cuando volví al grupo para darles la noticia de lo que había ocurrido, me dijeron: "Don Pancho... eres más diplomático que Bismarck; pero mira lo que teníamos preparado para tí, si nos hubieran sacado del café"... y me enseñaron una pavorosa sogá con su nudo ya preparado para la correspondiente cabeza; yo reí de buena gana el chiste, y entre carcajadas y lágrimas abandonamos todos La Isla al filo de la madrugada...

—¿.....?

—¡Oh!, no me diga nada; aquello sí era vivir. Se cobraba en onzas, se pagaba en centenes, se gastaban luises en las diversiones; sin embargo, yo siempre fui un esclavo de mi trabajo; nunca tuve vicios ni placeres propios de la juventud. El exceso de trabajo no me dejó tiempo para pensar en el amor; siempre tenía el café lleno de voluntarios, y tenía que ser un gran político para evitar conflictos con los cubanos que también iban al café; porque sepa usted que soy el primer hispanoamericanista de Cuba... ríase de los Congresos, los libros, las conferencias; allí sí que se hacía labor de acercamiento hacia los fines para que fué creada la raza,

esto es armonía entre todos, amor a la madre patria, cordialidad... eso hizo Don Pancho, y eso hará mientras viva...

--¿.....?

--¿Que si eran lindas las cubanas de la época? ¡Hombre por Dios!, no me diga... si muchas veces las ví cruzar en el quitrín por frente al café, y parecían hadas tropicales; por cierto que me hacía mucha gracia la dignidad y orgullo con que el calesero cabalgaba su caballo criollo. Eran unos morenitos muy simpáticos y muy charlatanes, sus pelainas siempre brillaban como espejos, y había que ver, había que ver lo que ya sabían en esa época... había uno tan elocuente, tan catedrático, tan preparado, que le puse Castelar y gracias a la manera como me pintaba el cuadro. Alguna que otra vez me dí mi escapadita a los bailes de Tacón... bueno, son cosas que pasaron... era en 1884. Galiano fué luego una zona internacional de seguridad: en la acera de enfrente se reunían los voluntarios, en la acera de La Isla los cubanos... los que querían cruzar por aquel sitio sin provocar recelos... cruzaban por el medio de la calle. ¡Qué cosas, qué cosas pasan en este mundo! Y al fin todo termina, todo concluye, como dice Kempis...

--¿.....?

--Me parecen unas fiestas muy bonitas y muy oportunas. Hay que darle a esta esquina el prestigio que tiene. Hay que venerarla como a esos grandes benefactores humanos. Toda la grandeza del comercio habanero ha surgido de esta esquina, ¿sabe? Y yo he asistido a esa maravillosa evolución, que no ha sido capaz de detener la marcha del tiempo, frente al trabajo constante y honrado del hombre...

Don Pancho, incansable, sigue su charla, habla de Mussolini a quien admira, dice que Roosevelt es el salvador de la democracia, compara los quitrines de 1850, con los lujosos carros de ahora, cree que el mundo será

feliz algún día, y charla, charla, hasta que yo comprendo que parte de su biografía ha quedado bien retratada en estas líneas y me levanto... Andamos unos pasos hacia la puerta de San Rafael, Don Pancho, todo cortesía y gentileza, me acompaña, y yo, en vista de la crisis política, ensayo una última pregunta.

— ¿.....?

— No, no; viejito; eso sí que no. Hábleme de pelota, ¿sabe?

Afuera, los rayos del sol mañanero comienzan su sinfonía de colores sobre la esquina legendaria. Un muchacho pregona un diario. A lo lejos la ancianidad de Don Pancho levanta un himno solemne al trabajo... ese buril inmenso que ha cincelado la prosperidad del mundo...

Y el bisabuelo de Galiano y San Rafael sonríe.

Album Recuerdo del centenario de las calles de Galiano y San Rafael.

1836-1936, [La Habana, 1936], p. 31.

MUSEO DE LA CIUDAD DE LA HABANA
Palacio de los Capitanes Generales,
Tacón No. 1 entre Obispo y O'Reilly,
La Habana.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

CIUDAD DE LA HABANA